

REAL E ILUSTRE HERMANDAD DE NTRA. SRA. DEL ROCÍO
LOS PALACIOS Y VILLAFRANCA

AÑO SANTO JUBILAR 2000

XXIV PREGÓN DEL ROCÍO

D. José Salguero Alonso

Los Palacios y Villafranca, 21 de Mayo de 2000

Presentación del Pregonero del XXIV Pregón del Rocío de la Hermandad de Los Palacios, por don Manuel Faltón Calvo.

... y ROCÍO es el nombre que los labios andaluces aprendieron para llamar a María Santísima, a la Madre bendita de nuestro Dios y Señor.

Con estas palabras del Arzobispo de Sevilla al Santo Padre en su primera visita a Sevilla he querido iniciar la presentación del pregón.

Querido D. Luís, Párroco del Sagrado Corazón de Jesús y Arcipreste de la Zona del Bajo Guadalquivir; D. Emilio Amuedo Moral, Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Los Palacios y Villafranca; Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad del Rocío de esta villa; Sr. Presidente de la Hermandad del Rocío de Villamanrique de la Condesa; Sres. Representantes de las distintas Hermandades de Gloria y Penitencia; Pregonero, rocieras y rocieros, amigos todos.

Cuando el cielo andaluz envía los primeros y ardorosos rayos de sol sobre la tierra, resucitando perfumes y colores, cuando las aves trinan con más dulce musicalidad, cuando las flores abren sus cálices y todo el campo se cubre de un verdor esplendoroso, cuajándose de rosas y jazmines, de azucenas y lirios silvestres, de romero..., cuando las viñas están en flor y los olivares verdecidos, cuando la espiga está granada en los trigales y por las calles blancas huele a azahar y resuenan los ecos pastoriles del tamboril y la flauta... toda nuestra Andalucía, al conjuro misterioso de un nombre único y universal, bíblico y emocionante: ¡ROCÍO!, se lanza por los caminos marismeños, guiada por la fe y el amor, el sentimiento y la copla, para rendirse ante las divinas plantas de esa Virgen, Reina de las Marismas y Rocío de nuestras almas.

Es un ejército de fe, que libra con esperanza la batalla cotidiana de la caridad. Es un ejército de amor que sabe vencer a diario con su entrega hacia los demás, con su ejemplo, la indiferencia social hacia el que sufre, hacia el que necesita del Consuelo y del Amparo.

Son Legiones de María que en el Rocío se hacen plegaria porque son enseña de nuestra tierra bendita, que se ganó con méritos el noble título de Tierra de María Santísima.

Son Legiones de María que hicieron de su medalla rociera escudo impenetrable a titubeos y desalientos, de su vara de Hermandad lanza vigilante en defensa del sentimiento mariano de nuestro pueblo, de su Simpecado pendón y estandarte que pregona a los cuatro vientos el nombre puro de la Reina de las Marismas, Madre de Dios.

El pueblo de Dios, nuestro pueblo mariano, nuestra gente andaluza, derrochó agudeza e ingenio a lo largo de los tiempos, para inventarse ocasiones en las que santificar el nombre de Dios y piropear a su Santísima Madre.

Por amor inventaron liturgias de coplas y faralaes en las cruces de Mayo, calvario de costal y faja, de azahar y mantilla, de incienso y cera en nuestra Semana Santa y Pentecostés de júbilo, de sentimientos en nuestro sin par Rocío.

Y estos eventos, que nacen ya incrustados en los genes de nuestra gente, en la memoria colectiva de nuestro pueblo, tuvieron siempre su pórtico en los pregones. Pregones que no son reclamos ni recordatorias al uso del acontecimiento que llega, porque nada hay que recordar al que vive todo el año pendiente del feliz acontecimiento.

Pregones, otro ingenioso invento del pueblo sabio para tener otra ocasión de congregarse en comunión de almas alrededor del tabernáculo de la palabra que reza, canta, pregona, alaba y santifica, como en el día de hoy nos reunimos aquí, para en la voz del pregonero, rezar, cantar, pregonar, alabar y santificar, más si cabe, a la Madre de Dios, a la que es María Santísima del Rocío.

Creo que no es necesario confesar públicamente el honor que para mí significa hacer de presentador del Vigésimo Cuarto PREGÓN DEL ROCÍO de la Hermandad de Los Palacios, en este año Santo, en este año Jubilar.

Decía el insigne D. Santiago Ramón y Cajal que “los mayores obstáculos para una amistad fraterna y duradera con el tiempo y el espacio”. Aunque nos separan 20 años de diferencia de edad, son ya muchos años los que llevamos de amistad, querido José Salguero, y creo que hemos demostrado que con fuerza de voluntad, cariño y respeto se pueden vencer esos obstáculos a los que se refería nuestro Premio Nobel de Medicina.

Él es, JOSÉ SALGUERO ALONSO, “Joselito Salguero”, Pregonero del Rocío de nuestra Hermandad en este año Jubilar del 2000.

Si presentar es mostrar a una persona para que se le conozca, dando su nombre, José Salguero Alonso, en Los Palacios y, mucho más, ante hermanos rocieros, no necesita presentación, pues como dijese Jesús en el pasaje evangélico: “por sus frutos y por sus hechos lo conoceréis”.

Por lo tanto, presentar al pregonero resulta lo más fácil, pues bastaría decir su nombre, o aún más sencillo, mostrarlo a este auditorio para que se cumpla la misión del presentador. Pero sin embargo puede ser, y para mí lo es, más difícil, porque el cariño y el respeto podrían impedirme ser objetivo y dar la medida justa de su persona.

Sí quiero, sin embargo, resaltar los tres aspectos de su vida, para mí, más importantes y que, siendo distintos, van estrechamente ligados, cuales son su vida familiar, su devoción rociera y su vinculación con la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús.

Su vida familiar es sencillamente ejemplar y a ello han sabido responder perfectamente su esposa Gregoria, de cuyo matrimonio están sus dos hijos José y Javier, que sumados a sus nietos le han colmado de alegría.

José Salguero es también un magnífico feligrés. Un hombre comprometido con la Iglesia y con su Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús. Es un católico practicante.

Durante muchos años ha sido y sigue siendo un gran colaborador. En la construcción del nuevo Templo Parroquial del Sagrado Corazón siempre estuvo en primera línea.

Pertenece desde su creación al Consejo Parroquial y al Consejo de Asuntos Económicos, siendo en este campo donde él desarrolla principalmente su compromiso con la Parroquia. Es responsable económico de las Cenas de Cáritas, de las Veladas del Sagrado Corazón, de la lotería semanal, etc., destacando siempre por su honradez y seriedad en el trabajo que realiza. Cuando dejó la Tesorería de la Hermandad del Rocío, la Parroquia realizó su gran fichaje. Según cuenta algunas veces D. Luís, “tiene una cláusula de rescisión muy alta para que no se pueda marchar”.

Pero si admirable es su vida familia y su vinculación con nuestra Parroquia no lo es menos su devoción y fervor mariano, que se encuentra volcado en su Virgen del Rocío, por su Hermandad de Los Palacios, de la que durante 16 años fue miembro de sus Juntas de Gobierno, ostentando siempre la Tesorería. Fue el responsable económico de la Hermandad. Honrado donde los haya, y de eso pueden dar fe Manuel Nieto, José Calancha y el que os habla, José era el que exigía el vale de una puntilla que se compara, un gran celo por las cosas de la Hermandad.

José Salguero es rociero por convicción, lo es por practicante; José Salguero es rociero de cultos, es rociero de camino, sí, de camino, aunque nunca lo haya hecho con nuestra Hermandad, con su Hermandad de Los Palacios. Él lleva 50 años haciendo el camino con Triana por motivos de trabajo. Pero José siempre ha estado en las salidas de nuestra Hermandad hacia la Aldea del Rocío, y José siempre ha participado con su Hermandad en los actos de cultos allá en la Aldea.

José es rociero de Hermandad y es rociero de Rocío; es como dice la copla: “rociero por los cuatro costaos”.

En cada inicio de camino, en la casa de José se produce un “rito”, el rito de preparar la maleta, con Gregoria, José y Javi siempre presentes en esos momentos previos a la partida.

Y a la vuelta, siempre es esperado con ansia, ritualmente... y José siempre traerá algún presente para Gregoria y sus hijos.

¿Quién mejor que él podría hablarnos del Rocío en este año Jubilar?

¿Quién mejor que él podría hablarnos de la Hermandad a la que tanto conoce y en la que ha vivido desde dentro tantos años?

Desde esta perspectiva, José Salguero Alonso va a hablarnos de nuestra Blanca Paloma, de María del Rocío. Él tiene también alma de poeta, mi enhorabuena, José, por adelantado.

A ti, José, que encontraste en la Virgen del Rocío fuente de inspiración para tus anhelos más profundos, una simple recordatoria: en el evangelio de San Lucas encontramos con referencia a la Virgen esta frase: “Me llamarán bienaventurada todas las generaciones”. Permíteme que, parafraseando al evangelista San Lucas, te diga: bienaventurado tú, José Salguero, que en el día de hoy, en esta mañana de Mayo de este año Jubilar y desde este escenario, vas a tener la enorme suerte de recordarnos que ya es primavera en los barbechos del alma y que a Mayo le ha nacido una azucena blanca, de pureza inmaculada que, en su Santuario de cal blanca, está ya impaciente por recibirnos a todos y cada uno de los que la llevamos en el corazón.

A Ella te habrás encomendado con seguridad y Ella, complaciente, te va a ayudar a llevarnos a todos al Santuario Mariano a través de tu voz.

Amigos todos, con vosotros José Salguero Alonso, pregonero de la Virgen del Rocío en nuestra Hermandad, en este año Jubilar.

PREGÓN DEL ROCÍO

AÑO 2000

D. José Salguero Alonso

*... A todos aquellos rocieros y rociaras,
mensajeros de la fe, que durante todos
los días del año tienen puesta su mente,
su esperanza y su oración en María
Santísima del Rocío.*

Señor Arcipreste y Párroco del Sagrado Corazón de Jesús;
Excelentísimo Señor Alcalde de nuestra villa;
Señor Presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías;
Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de Ntra. Sra. Del Rocío de Los Palacios y Villafranca;
Señor Presidente de la Hermandad de Ntra. Sra. Del Rocío de Villamanrique de la Condesa;
Dignísimas Autoridades;
Señor Presentador y Diácono del Sagrado Corazón de Jesús;
Señoras y Señores;
Rocieros y amigos todos:

Antes de comenzar este Pregón del Rocío, con los nervios propios de un rociero que lo siente en el corazón, que lo siente de verdad, quiero dar públicamente las gracias a todos mis amigos rocieros que tanto me han apoyado y, particularmente a ese buen amigo mío, Manuel Begines Tejero, por sus palabras de aliento para que yo esté hoy aquí presto a cantar las Glorias de María.

Lo primero que he hecho esta mañana es pedirle al Señor y a su bendita Madre que me dé fuerzas y serenidad para hablar de este Rocío nuestro, de la Virgen y del camino que a Ella conduce.

Gracias, Manuel Falcón, por esta glosa sobre mi persona que acabas de pronunciar y que considero a todas luces inmerecida, pues te has excedido en elogios que creo que no merezco. Yo tan sólo me considero un rociero más. Gracias por animarme tú también a llevar a cabo este Pregón y por tus palabras de presentación, impregnadas de una buena amistad y de ese cariño que juntos le profesamos a la Virgen del Rocío a través de nuestra querida Hermandad.

Que la Santísima Virgen del Rocío sea siempre contigo, con tu mujer y con tus hijos.
Gracias.

De igual modo, quisiera agradecer al Hermano Mayor de nuestra Hermandad del Rocío, José Calancha, y a su Junta de Gobierno la confianza que han depositado en mí al proponerme ser el pregonero este año, hecho que considero un alto honor para mi persona. Yo no puedo ni debo negar nada a esta, mi Hermandad, de la que soy miembro junto con mi mujer y mis hijos, porque la he visto nacer y la contemplo en su constante expansión.

Y aunque el Hermano Mayor se haya fijado en mí para que sea yo quien, en este año especial para toda la Cristiandad, os llame y os reclame a la Romería y al peregrinar rociero, no quisiera ocultar que mi pobre bagaje literario, pues ni soy escritor ni poeta, lo intentaré compensar con el gran cariño que le tengo a nuestra Hermandad palaciega; una

Hermandad establecida en nuestra querida Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, cobijo de ese Cristo de la Salud al que tanto quiero y de ese Simpecado de la Blanca Paloma al que tantas veces cantan y rezan y junto al que ríen y lloran quienes han arraigado en su ser la devoción a la Virgen del Rocío.

Este año 2000, Año de Júbilo y esperanza, año en el que todos los cristianos, ante el llamamiento a una vida nueva a través de la fe, debemos responder mostrando nuestra humildad, pidiendo perdón y viviendo en plenitud la justicia y la HERMANDAD, quisiera también enviar un saludo muy afectuoso a esos tres pregoneros palaciegos que me han precedido:

- Don Julio Mayo Rodríguez, en la Exaltación al Costalero;
- Don Luís Miguel Murube Begines, en el Pregón de nuestra Semana Santa, y
- Don Antonio Palma Falcón, en el Pregón de la Romería de San Isidro Labrador.

Los tres estuvieron fabulosos; un abrazo.

Quisiera agradecer, cómo no, a los medios de comunicación locales su presencia en este acto rociero, por estar siempre al tanto de todo lo que acontece a diario en la vida de las queridas hermandades de nuestro pueblo. Gracias.

Mi gratitud eterna a esta, nuestra Hermandad del Rocío de Los Palacios y Villafranca, que al convertirme en pregonero me ha ofrecido el mayor honor terrenal que para un rociero existe, que no es otro que poder cantar y rezar las Glorias de la Madre de todos los rocieros. Gracias por vuestra confianza en mí.

La intención, el propósito de este pregonero que hoy tenéis ante vosotros es llegar hasta el fondo de vuestras almas rocieras. Si lo consigue, que la Virgen del Rocío se lo premie, y si no lo consigue, que su infinita misericordia se lo perdone.

Decía un gran pregonero y buen rociero que el pregón verdadero no lo hace el pregonero, sino que el verdadero y auténtico pregón lo hace diariamente ese rociero anónimo y humilde que tiene presente a la Señora en todos los actos de su quehacer cotidiano; ese rociero que durante todos los días del año trabaja por y para su Hermandad desinteresadamente; ese rociero enfermo que tiene puesta su mente, su esperanza y su oración en María Santísima del Rocío. El más verdadero y auténtico de los pregones lo da diariamente el rociero cuando actúa como mensajero de la fe, como portador de la esperanza y como ejecutor del amor; y éste, mi Pregón, lo estáis protagonizando vosotros, queridos rocieros, con vuestra grata presencia en este acto.

Por circunstancias que ahora no vienen al caso, nunca hice el camino con la Hermandad palaciega, a pesar de que estuve durante dieciséis años perteneciendo a tres Juntas de Gobierno distintas, en calidad de Mayordomo. Cuando constituimos nuestra Hermandad, allá por el año 1972, yo ya llevaba sobre mis espaldas veintitrés Rocíos, veintitrés caminos con mi otra Hermandad, con Triana. Pero a pesar de no ir con ella, jamás he echado en el olvido a mi Hermandad de Los Palacios, jamás he renunciado a ella, jamás me he dejado su medalla en mi casa; siempre he llevado a las dos en mi corazón; jamás he dejado de asistir a los Cultos y actos que nuestra Hermandad organiza durante todo el año, esté quien esté al frente de las Juntas de Gobierno, pues los Hermanos Mayores y las Juntas de Gobierno, cuando cumplen su legislatura, se van, pero la Hermandad sigue, y yo he seguido y seguiré mientras Dios quiera.

Muchos son mis años ya como rociero. Concretamente, en este año 2000 voy a cumplir cincuenta caminos con Triana. Como podéis suponer, a Triana le debo muchas cosas, muchas... Triana me enseñó el camino del Rocío, Triana fue la que me enseñó a ser rociero y Triana fue la que me enseñó a quererla a Ella.

Una pregunta que infinidad de veces he recibido y que yo mismo también me he hecho es por qué soy rociero. Y creo que muchos de los aquí presentes hoy, también os habréis hecho esa misma pregunta alguna que otra vez. En mi caso, la respuesta es sencilla: desde muy joven yo soñaba con conocer el Rocío, porque tenía amigos que me hablaban de él y me enseñaban fotografías de carretas y caminos... y me contaban rezos y plegarias... y bailes y cantares... y sudor y lágrimas... Pero yo no conocía el Rocío.

La primera vez que hice el camino contaba con tan sólo dieciséis años, y al tocar el frío hierro de la verja, caía de rodillas ante la Blanca Paloma. Yo no había pisado nunca la Marisma; no había sentido en los pies el calor de las arenas... no conocía aquellos cielos... y fue entonces cuando me postré por primera vez ante la Virgen del Rocío; y desde entonces he ido muchísimas veces a hablar con Ella, a confesarle lo bueno y lo malo de los caminos por los que la vida nos lleva, a pedirle por todos y a agradecerle todo lo que me ha concedido.

Por aquel entonces, en mi pueblo de Los Palacios y Villafranca, no existía aún Hermandad rociera y ni siquiera el nombre "Rocío" resultaba tan familiar como lo es hoy. Pero sin embargo, sin tradición familiar, sin herencia rociera alguna, sin Hermandad, sin ambiente rociero, digo y confieso que soy y me siento rociero desde el primer instante en que pisé las arenas; porque allí hay una Imagen sencilla y devota en la que vemos reflejada verdaderamente el alma de la Madre de Dios, como nos muestra el Evangelio. Ella invita a la oración, a la humildad, a la sencillez, a acercarnos a Dios.

Muchas veces llegamos hasta Ella abrumados, desconfiados, con nuestra carga de materialismo; pero inmediatamente nuestros sentimientos cristianos que parecían adormilados, fluyen de nuevo y nos renuevan el alma. Ciertamente, la Virgen del Rocío aviva la conciencia cristiana de los hombres, y a mí, personalmente, me la avivó en el preciso momento en que la vi por vez primera. Esa es mi respuesta a por qué soy rociero. ¿Os parece poco motivo para serlo?

Ahora que la tengo tan cerca de mi corazón, le pido que me proteja y me ayude para que os pueda transmitir mi sentir rociero. Para ello he procurado poner en orden mis ideas, aunque mi corazón haya intentado desbocarse impulsado por mi amor a la Señora. De cualquier modo, trataré de superar todas las dificultades con el entusiasmo más sincero y con la certeza final de mi agradecimiento a todos. Una vez más... GRACIAS, HERMANDAD. GRACIAS, ROCIEROS. GRACIAS, LOS PALACIOS.

Cuando la primavera grana en Pentecostés y los campos despiertan del letargo invernal, los pueblos de nuestra Andalucía se visten de gala esperando ese deseado día en que a través de senderos y caminos, de ríos y vados, de atajos y veredas, alcancen un idéntico punto de encuentro: El Rocío.

La Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Los Palacios y Villafranca cumple en este año veintiocho caminos de peregrinación hacia el Santuario de esa bendita Madre del Rocío; veintiocho caminos de fe, caminos llenos de la misma ilusión que cuando la constituimos y apoyamos con todas nuestras fuerzas para que cada Pentecostés floreciera a las plantas de la Blanca Paloma en su aldea almonteña. Y así ha sido hasta ahora: esta joven Hermandad pero con raíces de años y de algunos muy buenos rocieros, se va preparando en este mes de mayo para esos ocho días andando por esos caminos arenosos, donde el tomillo y el romero se mezclan entre la jara y el almoraduz, para al fin postrarse ante la Blanca Paloma, Reina y Madre nuestra.

¡Qué larga la espera de los últimos días antes de partir!

¡Qué afanoso trajinar para tenerlo todo a punto!

¡Si todavía la noche anterior estaban colocando las sábanas al remolque!

¡Si hubo que ir a toda prisa a comprar pilas para la linterna grande!

Pero ya pasó todo el ajetreo previo y llegó, al fin, el ansiado día, esa mañana que llevábamos esperando un larguísimo año. ¡Y qué mañana tan hermosa ha amanecido! El limpio cielo primaveral que cubre los pueblos rocieros estrena hoy con gozo un color nuevo. Y van llegando al Sagrado Corazón de Jesús las romeras y los romeros con atuendos de gala. ¡Qué alegría infantil muestran sus caras! ¡Qué gozo el encuentro con sus hermanos! ¡Y qué lástima no fuesen todos los sábados últimos de mes igual que ese día...!

Va a comenzar la celebración litúrgica más importante del rito cristiano: la liturgia de la Eucaristía. Una celebración que el peregrino de verdad, ese que va con fe, sabe impregnar de contenido mariano y de sentimientos rocieros.

La Misa de Romeros, celebrada por nuestro querido don Luís, reviste gran solemnidad. En ella se le pide a la Virgen que tengamos buen camino... que haya unión... que expresemos nuestra fe... que brote de entre los hermanos esa devoción que llevan dentro... que nos ayudemos los unos a los otros en el trascurso de esos ocho días para el bien y el realce de nuestra Hermandad.

Al término de la Eucaristía, en el rito de despedida, se oye el deseado “PODÉIS IR EN PAZ”, que en esa mañana se llena de significado, porque todos quedan en paz, sí, en absoluta paz con su conciencia recién purificada.

¡Paz en el corazón! ¡Paz en los deseos! ¡Paz y comprensión! ¡Paz en la alegría de seguir tu camino, Rocío! ¡Y paz y amor a sus hermanos, a su gente, a sus tradiciones, a su pueblo y a su bendita Madre del Rocío, que le ofrece como cada año el inmenso regalo de hacer el camino!

Concluida ya la Misa, el Hermano Mayor coloca el Simpecado en la carreta de plata y con gran emoción alza en triunfo a la que es Reina y Señora de las Marismas, mientras suena la marcha real al son de los tamboriles. De esa bonita Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, donde allá por el año 1972 tuvo acogida y amparo la devoción a la Santísima Virgen del Rocío, sale ya ese Simpecado, orgullo nuestro, orgullo de todo buen rociero. ¿A quién no se le seca la garganta por la emoción y deja caer alguna que otra lágrima cuando ve salir a su Pastora entre claveles y gladiolos camino de las Rocinas?

Del Sagrado Corazón
yo siempre te veo salir
el martes por la mañana,
y entre nardo y mejorana
Madre, te veo sonreír
al escuchar sus campanas.

Los peregrinos se agarran al carro del Simpecado, con sus promesas calladas. Unos van descalzos; otros, sin hablar; otros van rezando, llorando, cantando... y todo es fe, devoción y ansias por llegar.

Los cohetes, las campanas, los tamboriles, las gargantas y las palmas entran en fase de delirio cuando con amorosa unción, con profundo respeto y con leal veneración, el Simpecado es colocado en su carreta. Una carreta que es jardín caminero, palio peregrino, trono romero donde el Simpecado será el faro que alumbre, el imán, el refugio del que va al Rocío con la Hermandad.

La Virgen chiquitita estará siempre rodeada de una guardia de amor, de una escolta de oración, de una sutil cadena cordial que a veces rompe en coplas, a veces en suspiros, y a veces en silencios. La carreta del Simpecado será esplendoroso altar para las misas del camino. Para ello, la camarera habrá procurado que vaya bien adornada con claveles o gladiolos.

Todos sabemos con qué esmero y cariño lo hizo durante tantos años aquella amiga rociera, Consuelo Morales. “Camarera y Prioste”, “Limosnera y Penitenta”, “Cofrade y rociera”, “Sencilla y agradable”, que son títulos más que suficientes para definir a una mujer. Ella nos dejó en un caluroso día de junio de 1998 para irse con Nuestra Madre, allá en las azules marismas del cielo. ¿Quién sabe si seguirá adornando alguna carreta con su Simpecado como ella sabía hacerlo? Descanse en paz.

Aún antes de partir, a las puertas del Sagrado Corazón, el tamboril, la campana y el cohete están pregonando, anunciando, repitiendo hasta el infinito una única palabra: “ROCÍO”. Sí, “ROCÍO”, porque el buen rociero canta, ríe, baila, bebe... pero siempre con el pensamiento puesto en ELLA. El buen rociero sabe que por mucho que quiera a la Virgen, la Virgen lo quiere mucho más a él.

¡Qué alegría la del peregrino que va con fe!

¡Qué gozo el del romero cabal!

¡Qué júbilo del rociero cuando va de camino al Rocío!

¡Y qué resignada tristeza la del que se queda, la del que no puede ir este año por las circunstancias que sean!

¡Qué gran amargura ver cómo sale la caravana y no poder acompañarla!

¡Qué fuerte dolor en el centro mismo del alma!...

Ya que tú vas al Rocío
por los caminos de arenas,
tráeme pino y romero,
tráeme agua del Quema.

Tú que haces el camino
en tu caballo campero,
tráeme sones de tambor
y cohetes rocieros;
y ya que yo no puedo ir,
tráeme crujir de maderos
del puente del Ajolí.

Ya que tú vas al Rocío
a ver la Blanca Paloma,
tráeme velas y sudores,
tráeme varales y aromas,
tráeme lirios marismeños,
tráeme arena del camino
y tráeme las oraciones
que rezan los peregrinos.

Ese martes por la mañana, Los Palacios, que es campero con marea de Marisma, con la gracia andaluza que da la tierra, se viste de fiesta porque nuestra Hermandad rociera, tras celebrar la misa de romeros, emprende el camino hacia la Aldea Almonteña. El paso de la comitiva rociera por las calles es una muestra elocuente de cómo Los Palacios quiere a la Virgen del Rocío. Los cantos y los vivas a la Señora se suceden y multiplican continuamente. Los Palacios se abre en abanico de fervores y en las vísperas de Pentecostés inicia el camino en Romería, que es procesión canónica (no olvidemos esto nunca) hacia el Santuario de la Blanca Paloma. Nos ponemos en marcha alegres y gozosos, aun a sabiendas de la dureza del camino, porque el camino es sudor, esfuerzo, sacrificio, oración, alegría, amor, silencio, olor y color. Y yo diría que hasta el sabor de los caminos y senderos penetra hasta lo más profundo de nuestras entrañas.

El camino en sí es un elemento importantísimo en el Rocío, como un personaje imprescindible: quien lo conoce, no puede prescindir de él; es como algo necesario en el Rocío, y sobre todo en la marcha de la Romería. Camino que no es mete, ni debe serlo para nadie a pesar de su indiscutible belleza y alegría. Y quien así lo proclame, lance al aire como bandera su propia ignorancia, pues “el camino nada vale si no es por aquello a que conduce”.

Cada Hermandad tiene su propio camino, sembrado de dificultades y de satisfacciones, como todos sabemos. Por eso el camino tiene mucho de purificación necesaria, por eso es esencial en el Rocío. El camino es sólo uno, el camino rociero, el que te prepara y dispone para presentarse dignamente frente a frente ante la Virgen; ese camino que comienza en nuestro pueblo, en la iglesia de nuestros fervores de donde sacas el Simpecado en una mañana de ensueño y lo pones en la carreta, que es trono de la Virgen; ese camino que tiene dos extremos: por un lado, la preparación, los Cultos entre los Hermanos; ese Triduo maravillosamente predicado por nuestro Arcipreste y Párroco D. Luís Merello, que ha sabido exaltar a María Santísima del Rocío, con esa solemnidad que sólo él sabe dar a los actos rocieros; en el mismo extremo se encuentra el disponer lo necesario para la marcha de esos ocho días; las visitas durante el año a la Virgen con tu Hermandad o sin ella, porque ya no puedes aguantar más... Y en el otro extremo, está el camino de las dificultades, el de las inquietudes, el del cansancio, el del mal comer y peor dormir, y todo por Ella, por la Virgen: la Virgen de nuestros amores sinceros, que son los que siembran en el alma la verdadera alegría de la que no se puede prescindir en el camino, porque entonces sería otra cosa, todo sería distinto, sin contenido y, si me apuran, hasta inexplicable. Tantas son sus incomodidades, aunque sean éstas las que purifican moldeando el espíritu y el alma y grabando como el fuego, que con razón se dice aquello de “quien no ha hecho el camino, no sabe lo que es el Rocío”.

El camino es, pues, sólo la antesala y la trastienda de esos días en que por nuestras convicciones, nuestras creencias y nuestra fe, nos acercamos más a Dios.

Y el mejor cauce para conseguir este acercamiento es dirigir nuestros pasos por el sendero que nos muestra y nos marca su Madre. Esos caminos, que cada vez son menos, son el contrapunto al número cada vez mayor de peregrinos que cada año acompañan a nuestra hermandad. Sin embargo, las sendas son cada vez más estrechas.

Pero no hay abatimiento de fuerzas ni cansancio; sólo el amor nos guía ansiando ver la Cruz de hierro forjado que se eleva en el Santuario almonteño.

En este lento caminar por las calles de nuestro pueblo, dejamos para la vuelta la obligada visita a nuestra Patrona, la Excelsa Virgen de las Nieves, valedora durante todo el año de nuestras necesidades; esa Virgen chiquita y guapa de las Nieves a la que tanto queremos los palaciegos; María de las Nieves, con cara de Reina y regazo de Madre, consoladora de los afligidos, remediadora de nuestras penas, Madre, Señora, Reina... orgullo de nuestro pueblo, porque...

Los Palacios y Villafranca,
¡qué grande es tu privilegio!:
tienes Soledad y Dolores,
tienes Ángeles y Remedios;

tienes María Auxiliadora,
que es sonrisa y es dulzura,
que es fiel Madre intercesora...

y para colmo de bienes
tienes por Patrona Pura
a la VIRGEN DE LAS NIEVES.

Prosigue la caravana para pararse ante la ermita blanca de los Remedios. La Junta de Gobierno de esta querida Hermandad ofrenda un ramo de claveles y nuestro Párroco nos invita a cantar la Salve rociera con la que el pueblo despide a los peregrinos.

La Virgen de los Remedios parece decirnos que tengamos un buen camino y que a la vuelta nos estará esperando con los brazos abiertos. En la calle, mientras tanto, los vivas se reproducen en esa mañana de mayo, donde el sol se acerca más a la Tierra para ser partícipe de esa Salve que con tanto amor cantamos todos.

Atrás quedó ya el paseo por las calles de nuestro pueblo; un pueblo donde convergen tantas y tantas oraciones a esa Madre bendita del Rocío. ¡Cuántas madres le lloran! ¡Cuántos piropos! ¡Cuántas promesas!...

Yo te prometo, Rocío,
que si tú me poner buena,
tras tu carreta yo iré
andando por las arenas.

Los carros se ponen en marcha hacia el Santuario del Rocío; en el horizonte queda un pueblo en espera del regreso jubiloso de su Hermandad. La caravana con sus cantares, palmas y tamboril pasa entre olivares, pinares y adelfas, para después perderse allá por los carriles de la Marisma inmensa. La mañana avanza. Y al dar las doce, se hace un alto. Un cohete congrega a los peregrinos y se produce un acto sencillo, piadoso, que recuerda el momento más importante de la Historia de la Humanidad: el Ángelus, síntesis magistral en la que a un tiempo se contempla el misterio de la Encarnación, se saluda amorosamente a la Virgen y se recurre a su misericordiosa intercesión:

¡Feliz Ella porque creyó, y felices nosotros porque creemos!
¡El ángel del Señor anunció a María!

Así llega Gabriel, no llamado, no esperado, no soñado por María, entrándose por las puertas. Y bello, tierno Gabriel, contento por la misión encomendada, por el mensaje que trae.

¿Qué sentiste, Gabriel, cuando María, hermosa y humilde, con ojos bajos de pudor, con la rodilla en el suelo, la mano en el corazón y el alma en la boca, te contestó “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”?

¿Nos entiendes ahora, Gabriel? ¿Entiendes que pasados dos mil años un grupo de gente se pare en medio del campo para recordar tus palabras y las de María rememorando aquel bello diálogo de la mañana nazarena? Feliz el peregrino que al terminar el Ángelus canta emocionado junto a la carreta del Simpecado:

¡Cuántas veces yo he rezao
el Ángelus en las arenas!
¡Cuántas veces “Dios te salve
Rocío de gracia llena”!
¡Cuántas veces te he cantao
hasta romper la garganta!
¡Cuántas veces me he hincao
de rodilla ante tus plantas!

Sigue la Hermandad camino de Coria del Río. Los ribereños de Coria, que tanto saben de caminos rocieros, están esperando en esa Coria marinera, en esa orilla del río Guadalquivir, a que pase nuestra Hermandad palaciega. Ese río grande pondrá un espejo en el camino peregrino, para que en él se mire y recree la Virgen del Simpecado de Los Palacios; los vivos a la Virgen se los llevará el río hasta el mar...

Y al pasar el Guadalquivir
en la barca marinera,
los cohetes van tronando
y el tamboril va tocando
con sonos de primavera:
LOS PALACIOS VA PASANDO.

Se reproducen los vivos
al llegar a la otra orilla
y la gente que la espera
de esa Coria rociera,
con lágrimas en las mejillas,
no se apartan de su vera.

Cuando pasa por La Puebla
se forma la algarabía
de esa gente rociera
que tó los años la espera
pa decirle “Madre mía,
te quiere La Puebla entera”.
Y cuando cruza sus calles,
ya camino de Colina,
el eco de las campanas
le está cantando una nana
al Niño de las Rocinas
¡esa Puebla tan gitana!

Los Palacios pernocta la primera noche en Coria del Río. Noche jubilosa para los romeros palaciegos por los actos de culto que se celebran en ese paraje: especialmente la celebración del rezo del Santo Rosario. Todo ello en el abierto Templo de la Marisma, cuya bóveda es el firmamento del cielo y cuyas lámparas son las estrellas.

Al calor y abrigo del gran fuego, de la candela común para todos: cantes por sevillanas, diálogos entre los romeros y la Virgen como oración hablada, participada... y al final, los piropos a la Señora: Reina del Rocío... Reina del Amor... Reina de la dulzura... Reina y Pastora... Reina y rociadora de gracia... y Madre, Señora y Reina de Andalucía. Así se realiza esta liturgia mariana.

Esa noche no debería de faltar ningún romero a ese Rosario que con tanta fe y devoción rezan los buenos rocieros, los auténticos, los que lo sienten de verdad.

Es triste comprobar que algunos sólo se preocupen del Rocío en los días que preceden a la Romería. Y su preocupación no es otra que la de preparar el caballo, los zahones, el costo, etc... Habría que dejar de lado muchas veces al vino y a las espuelas; hay que tener un contacto más directo durante el año con nuestra Hermandad. Hay que estar siempre dispuesto a ayudar a la Junta de Gobierno y a colaborar con ella en lo que haga falta; es nuestra obligación, pero haciendo Hermandad, no destruyéndola.

Para ser rociero
no te hace falta
ni charret ni caballo,
ni botas altas,
que con quererla
ya te sobran razones
para ir a verla.

Considero que lo que ocurre en algunos casos es que sobran rocieros de caballo y sombreros anchos, mientras a veces faltan hombres que sepan valorar el trabajo en equipo y en conjunto, y que sepan estimar en toda su dimensión la responsabilidad actual y social del cristiano durante los trescientos sesenta y cinco días del año. Porque ser rociero de tamboril y pandereta, lo es cualquiera; pero ser rociero en todos los momentos de la vida de muy difícil.

Ser rociero es no poder vivir sin la Virgen María; es amarla sobre todas las cosas; es ofrendar la propia vida a Ella; es sentirse hijo suyo y recurrir constantemente a su amparo y protección; es la felicidad y la alegría sumas venidas por María.

El amor a la Virgen, el amor a María, debe demostrarse en muchas facetas de nuestro cotidiano vivir: en el trabajo, en la casa, con los amigos... La Virgen siempre tiene apetito de

vernos. ¡Acudamos a Ella con confianza y con amor de hijo! Recordemos siempre los rocieros que el Rocío tiene dos personajes importantísimos: uno es la VIRGEN, lo más importante; el otro es el camino que conduce a Ella. Por eso, cuando te pongas en marcha ese martes, haz un reajuste de tu vida como cristiano y como rociero, y vamos a caminar todos con Ella, que Ella se encargará de darnos esa fuerza y ese testimonio inefable para que, al final, sudorosos, polvorientos, cansados pero con el corazón ensanchado de amor, podamos cantarle a pleno pulmón:

Ha merecido la pena llegar hasta ti,
hemos cruzado arenas para venir;
ni el calor ni el cansancio nos han rendido
gracias al alimento de tu Rocío.

Quien no haya visto a la Virgen y no le haya rezado siquiera una Salve, ése no ha ido al Rocío.

En una ocasión oí decir a una persona, que dice ser rociero, que él va a lo suyo, a beber, a comer, a bailar y a cantar, y que lo demás le trae sin cuidado. ¡Qué lástima me dio!

Para el buen rociero, todos los actos de la Romería son para la Virgen, participa con Ella de las alegrías y tristezas que la vida le depara, y hace de Ella faro y guía en el gozoso caminar por esta vida. Pero el otro, el que acude a la Romería y no pasa siquiera a rezarle una Salve, el del incorrecto comportamiento, ése no es rociero, es un simple turista o curioso que sólo acude atraído por la fiesta. Es, en definitiva, señores, eso que se canta tan certeramente:

No presumas de caballo
ni de zahones de cuero;
presume de hombre cabal
donde se ponga el primero;
hombres buenos de verdad
al Rocío le hacen falta,
que den ejemplo de honradez
y lleven la frente alta.

Qué maravilloso un amanecer en el camino, devoción solemne y tenaz, con borrachera de tamboril y flauta, con marcha rítmica y, a la vez, lenta de caballos y bueyes, y la Marisma abierta del Rocío, esperando...

Y esos carros blancos de nuestra Hermandad como palomas de la paz que transcurren por esos caminos arenosos donde el pinar, la jara, el romero y el almoraduz, elo

hinojo y el lentisco, serán nuestros compañeros de camino. Y cómo suenan por el camino la copla y la guitarra, la flauta y el tambor, el palillo y las palmas... Detrás quedó una noche maravillosa de convivencia, de alegría y de cante.

Continúa la caravana entre pinos y tarajes, mientras el tamborilero, paje real de la Virgen del Rocío, caballero de botas altas, traje corto y sombrero de ala ancha, colgado en el brazo izquierdo por el barboquejo, y al cuello la medalla de la Virgen, va anunciando con sus sones que se va acercando el río:

Prepárate, carretero,
que se va acercando el río,
que esa yunta que tú llevas
lo pase como es debío.

La carreta palaciega
cuando va pasando el río,
jese nudo en la garganta
y esas lágrimas que saltan
de verte pasar, Rocío,
al son de tambor y gaita!
Y se le reza la Salve
a esa Divina Pastora,
queremos verte en el río
por muchos años, Señora.

Ese tamboril tocando
cuando se pasa ese río,
esos piropos al aire
que van diciendo "Rocío".
Esas guapas amazonas,
esas mozas con tronío,
esa mula del charret
que está bebiendo en el río...

Es para llorar de emoción
mientras se pasa ese río,
porque el que no lo ha pasao
no sabe que en ese lao
es donde da escalofrío
cuando pasa el Simpecao.

El cortejo de nuestra Hermandad llega a Villamanrique de la Condesa, donde se saluda al Simpecado Manriqueño y donde espera la Junta de Gobierno de aquella Primera, Real, Fervorosa y Antigua Hermandad, para recibir y testimoniar ese gesto de hermandad y símbolo de unión a todas las hermandades rocieras que tienen la suerte de pasar por la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, y subir los peldaños hasta llegar a la misma puerta. ¡¡Emocionante esa yunta de vacas!!

Almuerzo en el Polideportivo y descanso para afrontar la Raya Real, larga y penosa que parece que nunca se acaba... Atascos, polvo, raíces y arenas... Esa Raya con caminos de flores que nacen de las entrañas de la tierra... Y de entre ellas, la más blanca de todas, la que espera a los rocieros, a los buenos rocieros, para oírles cantar sus coplas, para escuchar sus alegrías y sus sufrimientos.

No hay que olvidar que, como rocieros, estamos acostumbrados a caminar y tenemos que estar preparados para todo tipo de caminos, tanto la Marisma con abulagas y fangos, como las pesadas arenas de una Raya sin fin. Pero siempre y en todo momento, pensando en ELLA: esa Madre Bendita que se merece los mejores elogios y afanes y todas las ilusiones que en Ella tenemos depositadas. Nuestra Señora ha calado tan hondo en los corazones de tantos rocieros como somos que difícilmente fuerza extraña pudiera desalojar de lo íntimo de nuestras almas la profunda fe que sirve de consuelo para nuestras penas y que nos ayuda a llevar hacia delante la vida con sus problemas de cada día.

Porque el Rocío es indefinible: no cabe en los límites de la palabra, ni se encierra en una estampa, ni en la medalla que golpea el pecho, ni se cifra en el traje corto, ni en un oleaje de volantes, carreta de encajes... Es más que la copla y el baile... El Rocío es... LA VIRGEN.

Amigos rocieros: el Rocío es PENITENCIA, y muy dura; por eso, quienes lo critican es que no conocen a la Virgen misericordiosa ni han sabido calar hondamente en el alma rociera. A esa gente que critica el Rocío, hay que decirles:

Si no te gusta el camino
no lo critique después,
que el camino del Rocío
no está hecho pa ofender.

Si criticas el camino,
ten respeto a los demás,
que ese Rocío Divino
tú no lo puedes cambiar.

Andar por esas arenas
no es sólo para beber,
tiene su embrujo y su duende,
que tú no sabes entender.

Las críticas al Rocío no son nuevas. Desde muy antiguo ha habido quienes lo critican y quienes, por el contrario, se han ocupado de defenderlo. En el Rocío hay paja, pero hay también mucho trigo. Por algo se le rinde a la Madre de Dios y de los hombres el culto más espontáneo y más sincero, más fervorosamente y más apasionadamente religioso que se le rinde y tributa en ningún otro lugar de Andalucía. Es, como bien decía Manuel Ballesta en su excelente pregón, el sitio donde se rezan más Ave Marías de la Tierra.

Dicen algunos que el Rocío no es serio. Yo digo que aquello es la fiesta de la naturaleza, la fiesta de mayo. La naturaleza y mayo cantan a la Virgen y el hombre les acompaña para también rendir su propio tributo.

Porque Mayo pone el color y la luz, y el hombre lleva allí dos hermanas de origen divino, enamoradas la una de la otra: la FE y la ALEGRÍA.

El Rocío es soberanamente hermoso porque es extraordinariamente alegre, y porque no hay en su alegría nada que no sea bueno y honrado.

¿Que si hay copas? ¡Claro que las hay!... Habrá fiesta y risas, como también habrá emociones y lágrimas, como habrá curiosos e incluso equivocados que vayan al Rocío sin más pretensión que una simple ocasión para la diversión, que bien puede encontrar en cualquier otro sitio... Pero esos no son rocieros, ni su "Rocío" es el Rocío.

PALACIO DEL REY: noche de paz y alegría; noche de candela y tamboril; noche maravillosa donde el eucalipto, el pinar, la retama, el tomillo y el helecho escoltan la belleza de un rincón del Coto de Doñana. Noche de Simpecados, de hermosos altares campestres, noche inolvidable, noche embrujada y misteriosa...

Acurrucado en mi manta
esta noche no he dormío,
porque he estado soñando
con mi Virgen del Rocío.

Soñé que Ella me llevaba
andando por los senderos
y el pelo me acariciaba
ya muy cerquita del Cielo.

Entonces me desperté,
la culpa la tuvo el fío,
lástima que no llegara
al Cielo con mi Rocío.

El Palacio es palmera acogedora que cobija a los romeros a la mitad de su camino; es también pozo y manantial para saciar la sed polvorienta de los senderos del Rocío; es regazo para descanso de bueyes y caballos que llegan tras el esfuerzo gigante de cruzar las ardientes arenas de la Raya.

Yo miro hacia atrás en el tiempo y, con añoranza, recuerdo aquellos caminos de mi infancia, ya perdidos: sin alambradas, sin cancelines, sin coches, sin tractores... Caminos antiguos con paisajes de primitiva y virginal belleza.

Caminos desiertos, de hermosura original, por donde venían al Rocío las hermandades a través de las hondas veredas de Caño Mayor, Hato Blanco, Hato Ratón, Matas Gordas, La Cigüeña, la Dehesa de Gato, la Raya Real... hasta el Palacio del Rey.

En el Palacio se acercaban los romeros a coger agua del pozo del patio para beber. Por entonces no había agua embotellada, ni hielo; la bebida tomada era natural, no había tantas comodidades como hoy en día.

Noches de “petromás”, de carburos y de velas. No había otra cosa... Manadas de ciervos y de jabalíes, y de vacas bravas que pastoreaban por las Marismas.

Hoy son otros caminos muy distintos a aquellos que ya por desgracia se perdieron para siempre.

Padre, ¿por qué los caminos
tienen vallas a los laos?,
al salir de la Juliana
mi niño me ha preguntao.
Padre, ¿dónde está la arena
esa que tú me has hablao,
que los carros a media rueda
se quedaban atascaos?
Padre, ¿dónde están los bueyes
y la hilera de carretas
y los que descalzos iban
para cumplir sus promesas?
Padre, ¿dónde están los pinos
que guían la caravana,
que yo sólo veo cultivos
y terrenos de labranza?
Padre, ¿dónde están los pobres
con alforjas y alpargatas,
que zahones sólo vi,
chaquetilla y botas altas?
¿Dónde se fueron las aguas
cristalinas del río Quema
y las manadas de ciervos
que en las Marismas sestean?
Padre, ¡qué desilusión
por tu culpa me he llevao!
Esa difícil hoyanca
tampoco la hemos cruzao.
Pero lo que más me duele
y más daño me ha causao
es que yo quise tocarla
y tampoco me han dejao.
Padre, ¿por qué me has mentío?
Padre, ¿por qué me has engañao
si este camino no era
el que tú me habías contaó?

Cuando el día despunta, el cohete, el tamboril y la flauta anuncian el final de la noche rociera, y el Palacio se vuelve a quedar solo, envuelto entre la bruma y el polvo que dejan los últimos carros que van lentamente al Rocío.

El rociero, a pesar del cansancio, quiere estar en la Aldea en los días grandes; quiere sumarse al mayor homenaje que nunca se le hiciera a su Señora. Y es que... ¡es tan fácil ir al Rocío siendo rociero!... Todas las pegas se resuelven. Es Ella la que tira de nosotros...

Madre, coja usted la aguja
y cósame en el sombrero
esta estampa de la Virgen
con su Divino Cordero.
Porque la abuela me ha dicho
que para ser rociero
hay que llevar la medalla
y una estampa en el sombrero.

¡Hermanos rocieros de Los Palacios! Sé que hay algunos muy buenos rocieros en nuestra Hermandad; sé que hacen el camino pensando en Ella, en la Virgen. Pero el camino tiene su rito, sus normas y hasta su peculiar y rigurosa liturgia que, como es debido, todos debemos cumplir.

Las vivencias del camino son muchísimas; mucho más para ser experimentadas y, sobre todo, compartidas, que para comunicárselas a otros.

Hay quien ha ido sin enterarse; que hay muchos que van y no se enteran, y no saben que en el Rocío hay cosas que no se pueden contar...

... Hay cosas en el Rocío
que no se pueden contar:
los tamboriles tocando
el alba de madrugada.
Hay vivencias del camino
que no se pueden contar:
el abrazo de un amigo
con las lágrimas saltás.
Hay estampas rocieras
que no se pueden contar:
cuando pasa la carreta
por esa Raya Real.
Hay momentos tan bonitos
que no se pueden contar:
cuando la vuelta se acaba
y nadie quiere llegar.
¿Cómo quieres que te cuente
si no se puede contar?
¿Qué me importa lo que piense
la gente al verme llorar?

El puente del Ajolí, frontera de Rocío, desde donde ya se divisa el majestuoso Santuario donde tiene su nido esa Blanca Paloma. Y desde allí, ya incontenible, espera el Rocío; y con el Rocío, la Virgen, la Virgen del Rocío. Sí, porque ya estamos allí en unión y en hermandad; y el que no lo haga, sobre todo en esto, en hermandad, que se vaya, que nadie lo llamó ni nadie le obligó a venir.

Porque la Virgen del Rocío constituye para nosotros un sentido de vivir en Ella, por Ella y para Ella. Y que quienes quieran oír que oigan: que allí en la mañana esplendorosa del lunes de Pentecostés, allí ante el paso de la Virgen junto a la cera fundida en el fulgor de la plegaria, con el polvo reseco de tantas andaduras y caminos, allí ante esa Blanca Paloma que alienta con sus aleteos de amor a tantas personas, allí, insisto una vez más, a nadie se le obliga ir.

Y tengo que insistir con este espíritu, con esta fuerza y este testimonio porque el Rocío...

- ... no es tambor, que es tamboril;
- ... no es trompeta ni cornetín, que es flauta;
- ... no es pandereta, porque es palmas y palillos;
- ... no es carretera, que es camino;
- ... no es señoritismo, que es señorío;
- ... no es juerga, que es fiesta alegre, andaluza y religiosa;
- ... no es pelea, que es amor;
- ... no es feria, que es procesión;
- ... no es folklore, porque es liturgia;
- ... no es borrachera, que es alegría del corazón;
- ... no es diversión, porque es sacrificio;
- ... no es fanatismo, porque es fe;
- ... no es excursión, que es peregrinación.

El Rocío es una realidad que está ahí, que permanece, se mantiene y se agiganta cada día porque lo alimenta una viva tradición. ¡Qué ganas de estar ya en la Aldea, de mirarla, de rezarle, de cantarle, de participar en esa explosión colectiva de vivas y olés a la Virgen!

¡Qué ansias de ese encuentro primero con la Señora que no se cansa nunca de esperarnos, que siempre tiene para el rociero los brazos de su amor abiertos de par en par!

Y el rociero que siente... ¡con qué ganas le reza la Salve entre las rejas! Y sus lágrimas caen al contemplar la cara maravillosa de la Virgen en el altar de ese Santuario de fervores y lágrimas con deslumbrante candelería, con llamas de fe profunda siempre ardiendo, y con jardín de flores en su entorno y a las plantas de la Virgen que pregona a voz en grito y en su callada belleza las virtudes de la Celestial Señora.

Así es la Virgen cuando se llega al Rocío: está llena de majestad y de gloria... y al mismo tiempo de sencillez. Es humilde y grandiosa al mismo tiempo. El rociero la piropea incansablemente: ¡Rocío, guapa!... que quiere decir “bendita tú eres” y “llena estás de gracia, María”, como ya se lo dijo el Arcángel Gabriel:

No sé qué tiene tu cara,
Virgen Santa del Rocío,
que al verte, rosa temprana,
a mí me da escalofrío.

Eres rosa, eres jazmín,
eres nardo y mejorana,
Madre de los rocieros,
no sé qué tiene tu cara.

Eres carriles ardientes,
arena de los caminos,
eres río, eres puente,
ramas de eucalipto y pino.

Eres tomillo y romero,
lucero de la mañana,
alivio del peregrino,
no sé qué tiene tu cara.

Eres corriente del río,
sombra de los encinares,
tú eres gota de rocío,
junco de los pastizales.

Eres lirios marismeños,
adelfas, lentisco y jara,
eres la Reina del Cielo,
no sé qué tiene tu cara.

Eres yugo, eres carreta,
tú eres candela encendía,
polvo de la Raya inmensa,
manta de las noches frías.

Eres flauta, eres tambor,
eres cohete y bengalas,
tu cara no sé qué tiene,
no sé qué tiene tu cara.

En mis años de Rocío, he escuchado y leído muchas anécdotas de todo tipo, pero de entre todas ellas, hay una muy peculiar que dice así:

“Hace muchos años, cierta noche del Domingo de Pentecostés y en el lugar conocido por “Los Acebuches”, donde acampaban por aquel entonces algunas hermandades del Aljarafe y de la Ribera del Guadalquivir, se oyó una conversación entre dos rocieros de mucha edad que trataban de poner en claro quién de los dos había ido por primera vez al Rocío antes que el otro, y decía uno de ellos:

- Llevo viniendo al Rocío más de setenta años seguidos.

El otro, que se veía perdido, pues debía ser más joven, pero quería quedar el primero en esta bendita competición, le contestó:

- Pues yo no me acuerdo bien de cuándo fue la primera vez que vine al Rocío; pero lo que sí recuerdo es que, cuando vine por primera vez, la Virgen no había tenido al Niño todavía”.

Bendita ignorancia la de este rociero, cuyo corazón no le permitía quedar en segundo lugar en esa competición de amor por la Virgen del Rocío.

Ya terminó el sufrido y, a la vez, colmado de felicidad camino de ida. Ya estamos en el Rocío y, naturalmente, sin casi darnos tiempo a descansar, a refrescarnos la cara y la garganta, o cambiarnos de ropa, vamos a verla; vamos a darle las gracias por estar aquí; a pedirle todos los favores que se nos ocurran; a rezarle con todo nuestro rociero cariño:

- “Madre mía del Rocío: aquí estoy un año más para verte; gracias por haberlo querido así y ayúdame a pasar un buen Rocío, tú que eres Madre y mediadora ante un Padre Indulgente”.

Y Ella, inundada de cariño y ternura hacia sus hijos, con esa alegría serena de Madre, repartiendo consuelo y bendiciones, aceptando y perdonando errores, derramando gracia rociera que enaltece el ya caliente corazón de amor, Ella, la Blanca Paloma, sonrío al ver pasar a sus hijos rocieros, que la llenan de vivas y piropos. Que la Madre de Dios nos ilumine y nos bendiga a todos, para que cada vez que vengamos al Rocío nos haga un poco mejores.

De este modo, llegamos a la mañana del Domingo de Pentecostés. En el Real de la Aldea y delante del monumento conmemorativo de la Coronación Canónica de María del Rocío, hecho que tuvo lugar el día 8 de junio de 1919 por el Cardenal de Sevilla, don Enrique Almaraz y Santos, que al coronarla pronunciaba estas palabras: “Así como te coronamos en la Tierra, merezcamos por tu intercesión ser coronados en el Cielo”, allí en el Real, como digo, se han ido congregando todas las hermandades con sus Simpecados para asistir a la Misa Pontificia, donde Dios bajará a la tierra en la blanca carreta de la Eucaristía.

Por la noche, el Rosario de madrugada, alumbrado con bengalas de colores, donde el humo se mezcla allá en las alturas con el estruendoso tronar de los cohetes. Tampoco el Rosario de ahora es el mismo que el de antes; también ha cambiado considerablemente.

Lunes de Pentecostés. Madrugada cumbre del Rocío. “¡YA ESTÁ EN LA CALLE!” “¡YA HA SALIDO LA VIRGEN!”... La fiesta del Rocío se ha paralizado al ver en la calle a la Blanca Paloma...

Gracias, otra vez, Madre, por estar viéndote este año de nuevo. La Virgen del Rocío, Reina de todos los corazones, devuelve a los rocieros tantas visitas como le hicieron... Amorosa cortesía de la Madre con sus hijos...

Y porque Ella así lo quiso, en esa madrugada del Lunes de Pentecostés del pasado año 1999, y coincidiendo en el calendario con la festividad de María Auxiliadora, nacía mi nieta LOURDES, que si bien no lleva “Rocío” en su nombre, a buen seguro que lo llevará en su ser, pues vino al mundo, ni más ni menos, que en el mismo y preciso instante en que los almonteños saltaron la reja para tomar en sus hombros a la Reina de los Cielos. Cuando me comunicaron la buena nueva en la Aldea Marismeña, enseguida me dirigí a darle gracias a la Virgen por haberme otorgado, al fin, mi primera nieta, ya que antes me había concedido la dicha de tener otros tres nietos, todos ellos varones.

La Virgen ha salido de su Casa para venir a nuestro encuentro. Gracias, Madre, por venir hasta nosotros y permanecer a nuestra vera cuando tanto te necesitamos. Es la Virgen que viene a devolvernos la visita que la Hermandad de Los Palacios le hizo el sábado de la Presentación. Los rocieros de Los Palacios lloramos en este instante porque nuestras lágrimas de alegría se convierten en un rosario de cuentas de amor cristalino como agradecimiento a la deferencia que ha tenido con nosotros la que fue concebida Inmaculada en el vientre de su Madre, Señora Santa Ana... En ese momento, los corazones de los palaciegos no sabemos si se paran o se aceleran, y los labios comienzan a musitar oraciones que quedan ahogadas en las gargantas.

Habíamos soñado con ese instante muchas veces, y ahora de pronto queremos mirarla y no podemos; queremos rezarle y nos ahogamos; queremos sonreírle y lloramos; y en el fondo no sabemos qué queremos. Y esas lágrimas suponen la moneda de agradecimiento a una visita que, humildemente yo creo, Los Palacios se la merece. Y Ella así lo entiende, y en complicidad con su hijo el Pastorcito, nos sonrío cuando se va alejando de nosotros...

... Y sigue la Virgen por las arenas sedientas del Rocío; y se acerca cuando parece que se aleja... y se alza cuando parece que se cae... y se va a otro Simpecado y a otra Casa, que es lo mismo que decir a otro pueblo...

Ya todos contentos por las promesas y el voto cumplidos; de haberse postrado a sus plantas; de haberle rendido amor, cariño, agradecimiento a esa bendita Pastora; de haberle pedido por el padre o la madre, por el hijo, por el hermano enfermo, por el amigo; por expresarle los problemas de cada uno, de darle gracias por el favor recibido; por todo aquello que hace valer la pena el peregrinar hacia tan celestial Señora.

¿De qué servirán los abrazos del Quema y del Ajolí si no se vive un camino de verdadero cristianismo en peregrinación con Ella, por Ella y para Ella?... De nada, no sirve absolutamente de nada. Pidámosle todos a la Virgen del Rocío y a su Divino Pastorcito que esta Hermandad de Los Palacios que ya ha caminado veintisiete años por esos caminos, continúe siendo ejemplo de hermandad y cuando nos postremos ante Ella, podamos dar gracias por el año transcurrido y pedirle con devoción la fuerza necesaria para superarnos bajo su protección y construir una hermandad cada vez más unida en el amor, en la fe y en la caridad; sobre todo, en esa caridad que ha de ser la tarjeta de presentación de todo buen cristiano, de todo buen rociero, para que así nuestra queridísima hermandad sea siempre digna de entrar por la puerta grande de ese Santuario bendito de Dios...

A la Blanca Paloma
le dijo el viento:
“te traigo Ave Marías
de tó los pueblos,
te traigo amores,
te traigo abrazos
y un clavel hecho pueblo
de Los Palacios”.

¡Qué trabajo le cuesta al rociero la vuelta! ¡Con qué sentimiento los últimos abrazos de aquéllos que no harán juntos el regreso! ¡De qué manera tan especial la última Salve a la Virgen, la última mirada, el último viva, truncado en la garganta por la emoción!...

Una frase en todas las bocas: “Salud y suerte, para el año que viene volver a verte”, petición realizada con todo el alma... Una mirada atrás... Llega el momento del silencio... La copla calla... La Marisma vuelve a destilar el olor a salitre, a polvo, a tomillo y a romero... Las hermandades uncen los bueyes a las carretas, los mulos a los carros, ponen en marcha los tractores y comienza el camino de vuelta en que todo es nostálgicamente más bello y más lento que a la ida.

Y ya entre rezos, coplas y cera, mi Rocío irá extinguiéndose como un sueño lejano, no sin volver a calar en mi interior el sosiego y la alegría de Su sonrisa y Su mirada... Y si contigo llegué, Madre mía del Rocío, contigo me iré de vuelta...

Amigos rocieros: siempre llevaré conmigo a nuestra Hermandad palaciega, porque...

Nunca me olvidé de ti,
nunca te eché en el olvido
a pesar de no ir contigo
andando por los caminos.

Nunca olvidé la medalla
de mi Hermandad palaciega,
siempre la he llevado puesta
sin renunciar nunca a ella.

A sus Cultos siempre fui
y seguiré mientras pueda,
lo mismo aquí en la Parroquia
que en los Cultos de la Aldea.

Porque no vaya contigo,
peregrino palaciego,
y no reciba su luz,
por mucho que tú la quieras,
yo la quiero igual que tú.

Aunque no haga el camino
y no te vea en el Quema,
tampoco en el Ajolí
ni en esa Raya de arenas,
ni en las noches de Palacio...
siempre está en mi corazón
mi HERMANDAD DE LOS PALACIOS.

He dicho.